

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1915 A 1916

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL DOCTOR

D. JESÚS GOIZUETA Y DÍAZ

DECANO

DE LA FACULTAD DE FARMACIA

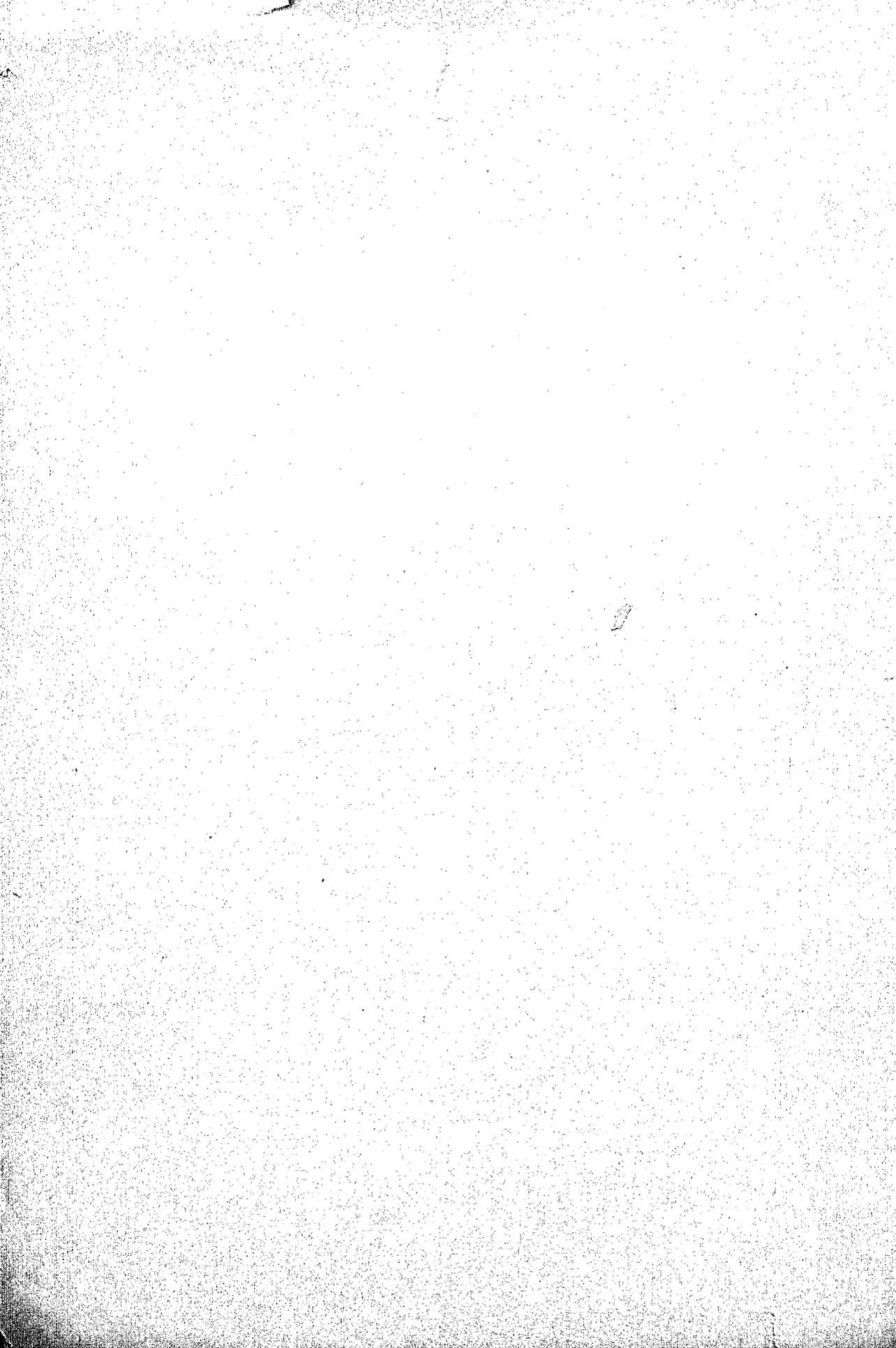


BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA H^{OS} Y RUSSELL

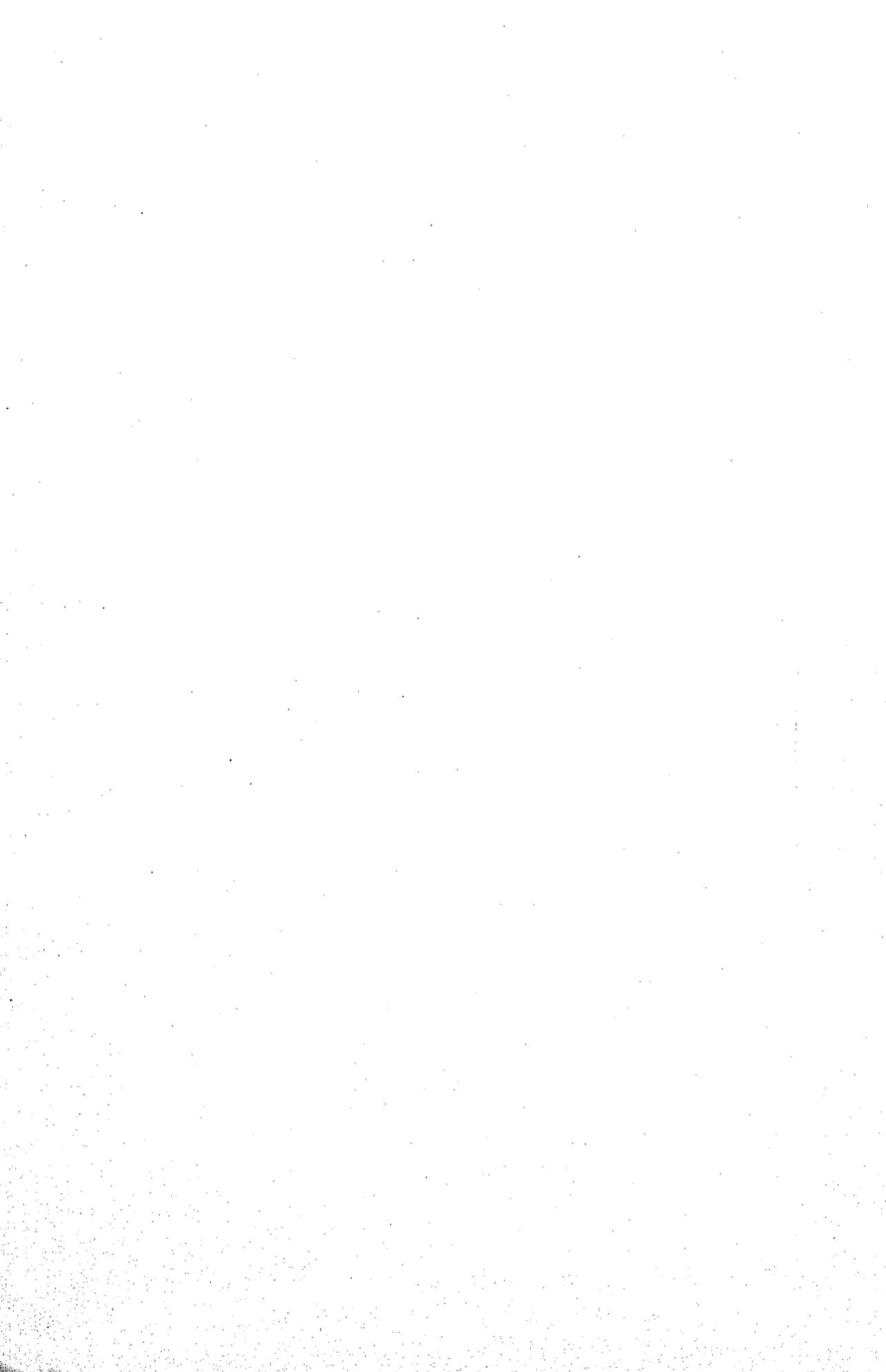
RONDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO 861

1915





DISCURSO INAUGURAL



DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1915 A 1916

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL DOCTOR

D. JESÚS GOIZUETA Y DÍAZ

DECANO

DE LA FACULTAD DE FARMACIA

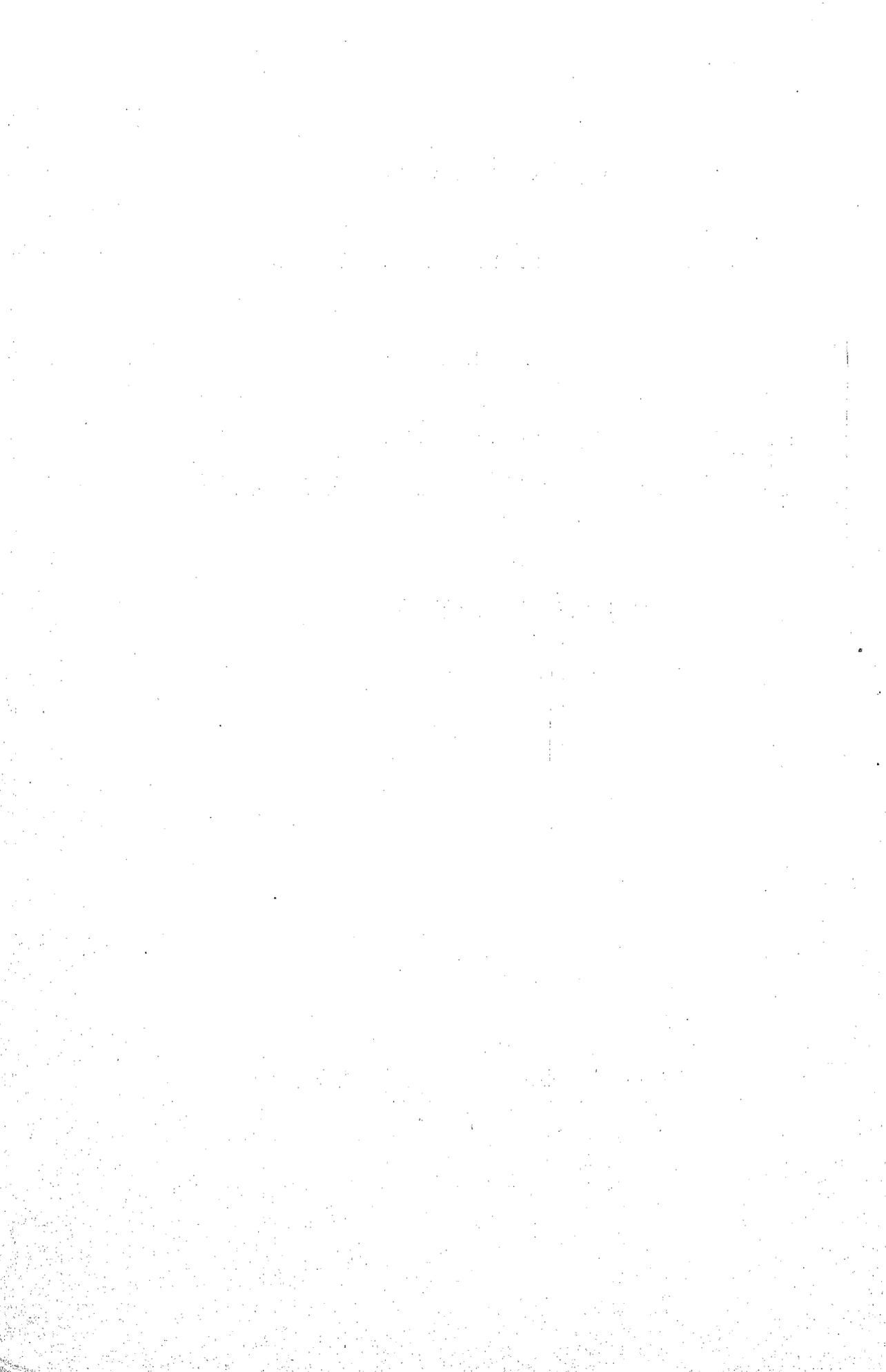


BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA H^{nos} Y RUSSELL

RONDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO 861

1915



EL SEGUNDO FACTOR DE LA ENSEÑANZA

EXCELENTÍSIMO SEÑOR :

SEÑORAS :

SEÑORES :



UNA vez más vuelve a coincidir la saeta del reloj de nuestra vida con el 1.º de octubre, punto *cero* que señala la terminación de un curso que ya pasó, y el origen de otro que está por venir ; de nuevo volvemos a reunirnos en este Paraninfo los Profesores de las diversas enseñanzas, las Autoridades que nos honran y alientan con su presencia, los Alumnos más aventajados que vienen a recoger el galardón de su trabajo, y el Público que sigue con interés la marcha general de la enseñanza, considerando a la Universidad, con harto fundamento, como el más firme sostén del bienestar de la Nación. Y así seguirá repitiéndose el fenómeno por tiempo indefinido, si ha de obedecer a la gran ley de la periodicidad que, al parecer, rige y orienta todas las manifestaciones sensibles de la creación.

Pero no volverá ya a suceder que ocupe de nuevo este lugar con idéntico motivo quien tiene hoy la honra de dirigiros la palabra : que la vida es breve, y el lustro una medida demasiadamente grande para ella.

Esta consideración, tan poco halagüeña por la causa que la inspira, trae a mi memoria recuerdos fúnebres y dolorosos para nuestra Universidad. En el corto espacio de nueve meses nos han abandonado para siempre el doctor don Juan de Dios Trías y Giró, Catedrático de Derecho internacional en la Facultad de Derecho; el doctor don Miguel Marzal y Bertomeu, que, aunque pertenecía últimamente a la Universidad de Valencia, todos lo considerábamos como compañero en la de Barcelona; el doctor don Santiago Mundi y Giró, Catedrático de Geometría analítica en la Facultad de Ciencias; el doctor don Ramón Coll y Pujol, Catedrático de Fisiología en la Facultad de Medicina, y numerosos alumnos de las diferentes Facultades, arrancados del mundo en la flor de la vida por la terrible epidemia tífica que tanto castigó a nuestra Ciudad en los primeros meses del curso pasado. Descansen todos en paz, y sean éstas mis primeras palabras la manifestación del duelo profundo que siente la Universidad por la irreparable pérdida de tan queridos compañeros y alumnos, iguales hoy ante la majestad de la muerte.

* * *

Breve compendio es, de la vida humana, el curso universitario. Débil e incoloro en sus principios, turbulento y revolucionario en la segunda mitad del primer tercio, tranquilo más tarde, conservador en sus postrimerías ; y las juventudes escolares pasan ante nuestra vista como pasan las generaciones ante la Historia de la Humanidad.

La doble función, docente y examinadora, que el Estado confía a sus Profesores, nos coloca en el puesto más ventajoso para seguir paso a paso la evolución de la enseñanza, y para averiguar las causas de su progreso, estancamiento o decadencia. Podrá el público y la Prensa apreciar, juzgando los resultados, si las profesiones se ejercen bien o mal ; podrán, si así lo creen, asegurar que los licenciados y doctores españoles son mejores, iguales o peores que los de otros países, y, partiendo de tales afirmaciones, quizá lleguen a deducir, o más bien conjeturar en el peor caso, que, si aquéllos no obtienen los resultados prácticos que debieran obtener, consiste en que no se les enseñó lo bastante en la Universidad para ejercer a perfección sus respectivas carreras; pero no viviendo la vida escolar intensa y cotidiana, no es probable que puedan descubrir las causas verdaderas que motiven las deficiencias que observaren en el orden práctico y social.

Nunca he oído decir a nadie que las carreras libres se ejerzan en España peor que en otras partes, ni que los Licenciados de nuestras Universidades dejen de cumplir con sus deberes profesionales por ignorancia y falta de conocimientos técnicos; pero, en cambio, muchas personas aseguran que la enseñanza española es defectuosa en todos sus grados, e inferior a la que se da en el extranjero.

Y me pregunto, lleno de confusión y de asombro : ¿dónde han adquirido nuestros médicos, nuestros juristas, nuestros farmacéuticos, etc., la Ciencia que les permite ejercer sus profesiones respectivas tan a satisfacción de sus clientes? ¿La han adquirido por su propio esfuerzo y *a pesar* de haber cursado en la Universidad? ¡Oh, cómo me holgara de oír declaración seme-

jante! ; ello demostraría mejor que otros argumentos la influencia decisiva que tiene en la enseñanza *el segundo factor*, de que luego he de ocuparme.

Pero no ha sido así : todo cuanto aquellos hombres saben, a la Universidad española se lo deben ; si no por haberlo recibido totalmente de sus profesores en los reducidos cursos académicos de que dispusieron, por haberles despertado el deseo de aprender, cimentando al mismo tiempo sólidamente la base de todo conocimiento ulterior : que no abundan en España quienes, prescindiendo de la Universidad de su patria, hayan ido a hacer fuera sus estudios para revalidarse y ejercer aquí con ventaja sus carreras, aun contando con el vergonzoso extranjerismo que padecemos desde hace más de cien años ; ni tampoco rayaron jamás a gran altura en las ciencias los curanderos, saludadores, ni intrusos de otras especies.

Y es que cuando una persona tiene la edad suficiente para comprender cuán necesarios le fueran conocimientos de que carece, por no haberlos adquirido cuando pudo hacerlo, o por no haberlos podido adquirir de ningún modo, ha pasado ya con exceso la época oportuna para edificar por su propio esfuerzo la base en que tendrían que apoyarse, y, o desiste del estudio, o almacena en la memoria datos, teorías y sistemas sin más ilación ni encadenamiento que aquel que la casualidad le depare en la adquisición de libros y revistas. Esto podrá conducir a una erudición superficial ; pero no se forman así los verdaderos sabios. Precisamente por la necesidad de aprovechar la edad más conveniente para asentar los cimientos del saber, y sólo por esto, es por lo que tiene una importancia grandísima todo cuanto se refiere a la enseñanza, en España y en todos los

países de la Tierra. Sería un error creer que en el período escolar se adquiere o puede adquirirse en parte alguna el caudal completo de conocimientos que integran las asignaturas de una carrera cualquiera: la vida más dilatada fuera breve para tamaña aspiración, y, dada la altura a que hoy se encuentran las ciencias, no cabe otra cosa que adquirir un conocimiento general de todas ellas, y luego dedicarse a una, a costa de no sobresalir en las demás.

El problema de la enseñanza pública no consiste en crear algunos sabios de veinte años, sino en poner a todos en condiciones de que lo sean a los cincuenta: el pretender lo primero podría beneficiar a muy pocos con grave perjuicio para la generalidad; y con ello nada se adelantaría. Que no es más rico un país cuando en él hay mucho oro acumulado en pocas manos, sino cuando todos sus habitantes gozan de relativa abundancia, y de un aceptable bienestar. Y si la enseñanza ha de tener por objeto principal el formar buenos profesionales, han de escogerse las materias de modo que, tendiendo al fin antedicho, salgan los revalidados en condiciones de ejercer sus respectivas carreras de una manera correcta.

¿Se consiguen ambas cosas en España?

Hoy sí; dudo que antes de pocos años pueda decirse otro tanto, si todo siguiere por el camino que va; y afirmo que podría evitarse esta decadencia intelectual que yo preveo, y aun obtenerse de la enseñanza un rendimiento inmensamente mayor en extensión e intensidad, con sólo poner en juego recursos sencillísimos que no requieren otros elementos nuevos que algo de buena voluntad por parte de todos. Si no me hallara poseído de esta convicción firme y profunda, y mi trabajo hubiera de reducirse a mera labor de crítica, leyérais en

este solemne acto una Memoria de carácter científico, que hubiera redactado previamente *ad hoc*, como trabajo de turno sobre un asunto cualquiera, en vez de abordar un tema resbaladizo y de aquellos que no dan honra ni provecho.

Nuestros establecimientos docentes pueden compararse a ciertas máquinas de mal rendimiento práctico, que, teniendo un buen motor, producen poco trabajo útil a causa de transmisiones defectuosas y resistencias pasivas cada vez mayores. Lo primero, pues, que hay que conseguir es asegurar el *aprovechamiento* total ; es decir, establecer la perfecta equivalencia entre la acción docente y la suma de conocimientos que con ella adquieran nuestras juventudes escolares : todo lo que no sea esto resultará prematuro, dispendioso y tal vez perturbador, porque las resistencias crecen siempre, según leyes especiales, cuando crece la intensidad de la acción, y el único medio eficaz para obtener el máximo rendimiento es suprimirlas o atenuarlas en lo que fuere posible.

Hay quien confía la resolución de este problema a una gran reforma que, según se dice, debe abarcar desde la Escuela hasta la Universidad. Pero, por lo frecuentemente que se invoca tal reforma, sin puntualizar jamás en qué debe consistir, me va pareciendo una de esas frases creadas más bien con el ánimo de sembrar el descontento general que con el de solucionar asunto alguno : o muletilla, tal vez, de ciertas gentes, que, para escalar puestos de altura, o simplemente para hacerse superiores al resto de los mortales, pronuncian de vez en cuando frases huecas, pomposas y sonoras de las que nadie pide explicación, ante el temor de aparentar ignorancia acerca de los problemas sociales, o de no estar

en el secreto de las grandes deficiencias que, según se dice, presenta nuestro régimen docente.

No ; el problema de la cultura española, no se resuelve con reformas de carácter orgánico ni con decretos ministeriales. En la enseñanza, y en el rendimiento práctico que de ella se obtenga, intervienen muchos factores, entre los cuales figuran ciertamente los métodos didácticos, las fuentes de conocimiento, el celo, laboriosidad e inteligencia de los profesores, la abundancia o escasez de material científico, y la estructura de los programas y de los planes de estudios : todos estos factores tienden a una misma cosa, *a enseñar*, y antiguamente se condensaban en la persona del Maestro.

Pero hay otro factor importantísimo que hoy tiene más influencia en el producto que todos los demás juntos, y lo anula cuando es cero ; que por sí sólo mide el aprovechamiento, y que es capaz de determinar por reacción el aumento o mengua de los otros. Este factor, que nadie lo tiene en cuenta en sus discursos, escritos y reformas, no pertenece a la acción de enseñar ; corresponde al concepto *de aprender* : es el *factor alumno* dotado de vocación a la carrera que sigue, y cuya aplicación y buena voluntad para el estudio dependen, casi por completo, del ambiente que le rodea en su casa.

El problema de la cultura patria es, por consiguiente, *un problema de familia*.

He aquí el tema que pienso hoy desarrollar brevísimamente, ciñéndome tan sólo, por razones de oficio, a la enseñanza universitaria ; pero afirmando de antemano que las conclusiones que deduzca son igualmente aplicables a las demás enseñanzas, primaria, secundaria y especial.

* * *

Al observar en exámenes y en grados la escasa acción extensiva que se obtiene, por regla general, de la enseñanza, y al considerar el inmenso perjuicio que sufre la nación con esta caída de nivel intelectual que cada año se acentúa más y más, me ha asaltado muchas veces la tentación de dar a conocer al público las causas que, a mi juicio, determinan tal fenómeno, a fin de procurar conseguir que pongan el oportuno remedio quienes tienen autoridad para imponerlo, poder para sostenerlo, y misión especialísima para realizar ciertas iniciativas altamente provechosas.

Pero hay algo que constantemente me ha retraído de dar a la publicidad mis opiniones particulares acerca del asunto : el temor instintivo de que se molestasen, a pesar mío, respetabilísimas entidades. Que nunca fué acto de cordura mentar la soga en casa del ahorcado, y siempre resulta expuesto el poner de relieve defectos de las gentes, aun cuando sea con el laudable propósito de evitar males gravísimos que pueden degenerar en incurables. Por eso, sin duda, cuando personas eminentes y bien intencionadas tienen que tratar el asunto con alguna solemnidad, límitanse casi siempre a lamentar el estado actual de cosas, y acaban pronunciando brillantes peroraciones en las que, después de recordar nuestras pasadas grandezas, expresan su más viva confianza en el porvenir y en las energías de nuestra raza, debilitadas por desgracias nacionales que no han de ser eternas.

Grandes y poderosos motivos deben de tener las personas que así hablan para eludir el asunto o para confiar su resolución a la virtualidad del futuro ; pero por grandes que aquellos motivos sean, mayor es, seguramente, el perjuicio que sufre la Nación, abandonada a esta actitud expectante, dejando que el mal perdure sin un diagnóstico exacto, y sin que nadie proponga un tratamiento inmediato y eficaz. Y tanto más difícil será encontrar el remedio cuanto más desviada se halle la opinión del verdadero camino que debe conducirnos a la regeneración intelectual de nuestra Patria.

Por eso es menester abordar el asunto de una vez, y, previa mi más formal declaración de que cuantas deficiencias señalaré las considero como nacidas de la misma naturaleza de las cosas, sin que pese en mi ánimo el más leve deseo de criticar, cuanto menos, de censurar a nadie, personal ni colectivamente, he de aprovechar esta ocasión en que, sin yo buscarla, me hallo colocado, para plantear el problema claramente, sin reticencias, rodeos ni circunloquios, ante el único público con quien me hallo ligado por el interés común de la enseñanza.

Que a manera que el mal cunde, extiéndose la creencia de que su origen está en la misma Universidad, en los métodos didácticos, en el Profesorado. Y participando de tales opiniones pasaron las fronteras una multitud de brillantes Profesores españoles pensionados por el Gobierno de Su Majestad, para asimilarse e importarnos los métodos de enseñanza y de invención de las naciones más adelantadas de la tierra. Y las gentes, que no han podido apreciar resultado alguno positivo de tales excursiones, y que no ven o no quieren ver la realidad de las cosas, empiezan a sospechar de la capacidad intelectual de nuestra raza, y se habla de *influencias*

ancestrales, de la vejez de las naciones, de la fatalidad de nuestro sino, de la conveniencia de traer hombres de fuera que nos *europaicen...*, originándose con todo ello un vergonzoso ambiente de inferioridad que, mantenido y atizado por ciertos elementos, oprime y debilita el espíritu más fuerte y mejor equilibrado.

¡Qué es esto, señores! ¿Hemos perdido el juicio? ¿Tan oculta y encubierta está la causa de que aprendan poco los alumnos que no estudian, que es menester buscarla en las entrañas de la tierra, o en el alma de las generaciones que pasaron? ¿Tan romo y tan embotado se halla nuestro sentido de observación que no advertimos la existencia, origen y finalidad de las huelgas escolares, la anarquía social que nos rodea y envuelve, la pasividad de los padres de familia ante las malas andanzas de sus hijos, la escasísima preparación con que acuden a las aulas la generalidad de nuestros escolares en los primeros meses de cada curso, y la falta de vocación que muchos tienen hacia la carrera que tal vez se les obligó a seguir mal de su grado? ¿Es que la cosecha depende únicamente de la calidad de la semilla, sin que influya para nada el terreno en que se vierte? ¿O es tal vez que busca la Sociedad una víctima expiatoria de sus propias culpas, como buscaba el Nerón de Sienkiewicz quien se hiciese responsable del incendio de Roma, que él mismo provocara, y se le calman los nervios creando una leyenda, un fantasma, un mito y arremetiéndolo contra él?

Todas esas aspiraciones del pueblo español a que desde arriba o desde el extranjero vengan las mejoras que está en su mano alcanzar, y que cuando vienen las recibe con rebeldía, hostilidad y protesta, están fundamentadas en un prejuicio tan general como inexacto

que, mientras no se destruya, ha de seguir anublando el entendimiento de los Ministros, de la Prensa y de la Nación entera; el prejuicio de que no se aprende, *cuando no se aprende*, porque no se enseña o porque se enseña mal. Esta creencia, absolutamente errónea, no ha nacido por generación espontánea; tiene sus orígenes a los cuales yo no he de descender. Pero lo que más ha contribuído a propagarla es el tanto hablar y discutir de métodos de enseñanza. Las gentes han creído que en el extranjero se aprende sin estudiar, por sólo la virtualidad de especiales y para nosotros, desconocidos métodos: consecuencia de lo cual es considerar aquí al alumno como un ser absolutamente pasivo, a quien hay que alimentar intelectualmente, sin que él estudie por cuenta propia ni se fatigue en lo más mínimo. Y esto, que nadie se atrevería a sostener si se tratase de aprender a dibujar, a tocar un instrumento, o el arte más rudimentario, les parece perfectamente puesto en razón cuando se trata de aprender las ciencias y las letras, y de seguir la vertiginosa marcha del progreso humano.

No soy yo de los que opinan que la enseñanza deba reducirse única y exclusivamente a exigir de los alumnos que sepan recitar de memoria lo que dice un cierto libro aprendido en casa y glosado en el aula por el Profesor. Tal sistema dejaría en la ignorancia más completa a los alumnos de cortos alcances, conduciría al *psitacismo* a los de buena memoria y escaso entendimiento, y sería de pésimos resultados hasta para los alumnos dotados de las más felices disposiciones.

Pero pretender, como equivocadamente se pretende hoy, saltando de un extremo a otro, que todo conoci-

miento, sea de la índole que fuere, haya de adquirirse necesariamente por la observación directa y objetiva de las cosas, sin preparación alguna por parte del alumno, y sin que éste se aproveche del trabajo ajeno estudiando cómodamente en su casa lo que otros han descubierto, además de ser impracticable en muchas ciencias, equivale a renunciar del modo más insensato en pleno siglo xx a las ventajas de la imprenta, palanca la más poderosa de la civilización ; es querer que cada uno se perfeccione por su propia experiencia como las demás especies zoológicas, que no progresan precisamente por eso ; es lanzarse a navegar por los mares, sin brújula, sin conocimientos náuticos y sin cartas geográficas. Para todo estudio práctico se necesita saber de antemano adonde se va a parar, cómo y por dónde se va ; hay que conocer el tecnicismo científico, las definiciones, las hipótesis, las leyes de la naturaleza ; no como antes se hacía formando con todo ello un cuerpo de doctrina árido e indigesto que a veces llenaba todo el curso, sino por partes, haciendo preceder el estudio de cada una a la serie de experiencias, observaciones y problemas que de ella dependan, guardando siempre la correlación que guarda la regla con el ejemplo. Estos conocimientos previos, que no se pueden adquirir ni fijar en el cerebro por una simple audición en el aula sin que el alumno estudie en casa, deben exigírsele antes de confiarle el manejo y montado de los aparatos, y antes de que penetre en el museo, en el gabinete o en el laboratorio ; si no, la naturaleza, hasta en sus más sencillas manifestaciones, se le presentará como un enigma indescifrable.

En España se enseña mucho y bien ; todo lo bien que el más confiado podría prometerse de los tristes,

húmedos, estrechos, oscuros y malsanos laboratorios de que únicamente disponemos algunos profesores; a pesar de lo cual los alumnos que quieren acaban sus estudios sabiendo tanto como los mejores de las Universidades extranjeras. Que la mentalidad española todo lo suple; y allí donde otras mentalidades neciamente celebradas y colocadas por encima de la nuestra no darían fruto alguno, el alumno español, dotado de buena voluntad, alcanza un grado de aptitud y de saber que apenas se concibe si atendemos a la duración del curso, mutilado por largas vacaciones intermedias. Y aun a riesgo de ofender a la modestia, compañera inseparable del verdadero mérito, yo presento como prueba irrecusable de cuanto digo a esa brillante juventud que me escucha, y que antes de pocos minutos recogerá de manos del excelentísimo señor Rector, en este mismo acto, el premio que supieron conquistar con su aplicación y su talento.

Pero no todos los alumnos son así: hay una gran parte, sobre todo en las clases numerosas, que, teniendo iguales medios, las mismas asignaturas e idénticos Profesores, no han obtenido tan envidiables resultados; y no precisamente por falta de talento, sino porque no estudian en casa, ni vienen a la Universidad, cuando vienen, a otra cosa que a no incurrir en falta, procurando algunos, por mil medios diferentes, que el Profesor los conozca, para que, llegado el caso, incline la balanza de la justicia hacia el lado de la benevolencia y del favor. Y es tal lo arraigada que está en el sentir español la idea de que acudiendo a clase todo el año se tiene que ganar curso, que nadie da la razón al Catedrático cuando acaso reprueba a un alumno que no tiene faltas de asistencia. De ahí el consejo tan genera-

lizado y extendido que suele darse a los padres en ciertas ocasiones: matricule usted al hijo por oficial y que vaya a clase todo el curso: tiene el aprobado seguro.

Consecuencia de todo esto es que aquellos buenos alumnos, honra y prez de nuestras Universidades, se encuentran, al acabar sus carreras, en un ambiente inferior que les sofoca, les ahoga y acaba por asimilárselos a la masa común. Si huyendo de tan deletérea atmósfera se refugiaren en la Universidad verán lo que tal vez no vieron cuando eran alumnos: verán que los mecanismos docentes se hallan dispuestos, en general, para la fabricación de innumerables licenciados y doctores a toda velocidad: verán a sus antiguos profesores haciendo mil equilibrios para poder aprobar decorosamente a numerosos alumnos..., porque así lo exigen las circunstancias; y al hablar con los que fueron sus maestros, sorprenderán más de una vez la triste expresión del hombre que, curso tras curso, ve fracasados sus planes y trabajos por inesperadas e irregulares vacaciones, y consumida la mayor parte de sus energías en vencer las resistencias exteriores que por todas partes le rodean y tal vez le oprimen.

¿Quién, en este medio ambiente, ensanchará los horizontes de la ciencia y asombrará al mundo con sus descubrimientos?

* * *

Señalado el motivo de la desproporción que existe entre lo que se enseña y lo que se aprende en las Universidades españolas, conviene poner al descubierto

el origen del mal si se le ha de atacar en sus raíces para evitar que produzca sus efectos naturales, causas a su vez del malestar que lamentamos : sería, en efecto, poco juicioso el proceder de otro modo, y candidez pueril el confiar demasiado en la eficacia del consejo dirigido a los mismos escolares para persuadirles de que deben estudiar aunque no les venga en ganas. Las medicinas amargas no las toma voluntaria y espontáneamente quien carece de edad y de experiencia para comprender que le sean indispensables : y amarga medicina debe ser el estudio para quien no le tenga afición, ni tal vez comprenda su absoluta necesidad.

Solamente los padres, o quien hagan sus veces, pueden conseguir, valiéndose de mil diferentes medios, encauzar a sus hijos por el buen camino obligándoles a una labor intelectual, lenta y continua ; pero si dejándose vencer y traicionar por el amor paternal no pusieren la voluntad en su punto para obligar a sus hijos a que estudien en casa, y a que acudan a clase todo el curso con la lección preparada, la enseñanza universitaria no llegará a producir el grado de cultura que fuera de desear, y el Profesorado no podrá jamás hacer otra cosa que lamentar el hecho vivamente.

A juzgar por lo que a diario observamos en las clases numerosas, resulta que los padres, salvo honrosas excepciones, no consiguen hacer estudiar a sus hijos : pero ¿lo intentan siquiera?

Con respecto a los que residen fuera de la capital, puede contestarse rotundamente, que no ; como pruebas de ello debemos recordar que el Patronato oficial que se constituyó en esta Universidad, con arreglo al Real Decreto de 20 de septiembre de 1913, no ha recibido

hasta ahora, según mis noticias, ninguna solicitud ; y que los Patronatos particulares tienen que trabajar el asunto por sí mismos dirigiéndose a los padres, cuando son éstos los que debieran tomar la iniciativa.

No tengo datos para formar criterio acerca de los padres que viven en la misma población donde radica el Centro docente, y por eso me abstendré de formular juicio alguno ; pero no de manifestar, por si de algo sirvieren mis indicaciones, que si los mencionados padres se uniesen en las épocas de turbulencia estudiantil, y acudiesen a la Universidad para obligar a sus hijos a entrar en las Aulas, se resolvería por sí mismo, mejor dicho, no existiría el gravísimo problema de las huelgas escolares, cuya solución no puede alcanzarse *ni debe intentarse* por medio de castigos de carácter general, que siempre resultan injustos.

Hoy no existe en las familias la rigidez que había antes. Nótase, en efecto, tal indulgencia, tal mano y concavidad en los padres para con las faltas de sus hijos; que no puede atribuirse el fenómeno al cariño recio y sano que impone naturaleza, sino más bien a un sentimentalismo enfermizo, cuyo origen, al parecer neurasténico, tal vez pueda atribuirse al exceso de trabajo mental que es preciso desarrollar hoy para vivir, o a las mil contrariedades que produce la vida compleja de las modernas sociedades. Esta enfermedad moral y orgánica existe en una gran parte de nuestra clase media, y al decir de muchos médicos, todos los que vivimos en grandes urbes la padecemos, aun sin darnos de ello cuenta ; las clases obreras y las aristocráticas apenas son afectadas, y es casi desconocida en los pueblos y en las ciudades pequeñas. El *desiderá-*

tum de aquellos padres es asegurar a sus hijos un porvenir que les permita vivir sin trabajar, o trabajando menos de lo que ellos trabajaron para sacar adelante a su familia; de aquí el incremento enorme que ha adquirido la matrícula, desde hace algunos años, en nuestras Universidades.

No puede negarse que la idea es altamente simpática, noble y muy humana; ¡pero tan quimérica como sería la de pretender cambiar las leyes naturales! Y perjudicialísima para la sociedad española.

La Humanidad crece; las necesidades aumentan sin cesar; el progreso nos arrastra con vertiginosa rapidez, y los pueblos más adelantados penetran en los demás, apercibidos a la lucha por la vida; las empresas extranjeras se multiplican en nuestro país día por día; los productos elaborados o fabricados fuera de España se atropellan mutuamente en las aduanas pugnando por cuál entra antes; una corriente de dinero que mana en nuestra Patria atraviesa las fronteras, y va a desparramarse por las naciones más laboriosas en forma de dividendos, pagos de maquinarias, de armas, de aparatos científicos, de manufacturas mil: ¡y ante este desmoronamiento de nuestras riquezas naturales, el español se cruza de brazos y sueña despierto acariciando la idea de que sus hijos no trabajen, o de que lo hagan suavemente, defendiendo pleitos, visitando enfermos, dando lecciones a otros que no se proponen más que dar a su vez lecciones a los que después vinieren, o preparando medicinas con productos franceses y alemanes!

Yo no he de decir aquí cómo los padres de familia dirigen las actividades de sus hijos en las naciones que más se distinguen por sus adelantos materiales; mu-

chos lo sabéis mejor que yo porque habéis estado allí, y todos hemos estudiado el asunto en la riquísima literatura que, desde hace más de cuarenta años, vienen publicando los hombres que mejor han observado las causas del progreso de los pueblos en sus relaciones con el trabajo intelectual motivado por la concurrencia humana : además, todo ello conduciría a una comparación, y las comparaciones son odiosas siempre, sobre todo para el que resulta de ellas malparado. Pero os presentaré un brevísimo cuadro de la familia española con uno o más hijos destinados al estudio, exagerando algún tanto la figura como se hace muchas veces en Geometría, para poner bien de manifiesto las causas primeras de nuestra decadencia intelectual en armonía con las apreciaciones antes consignadas, y para excitar el celo de los que deben remediar el mal en sus orígenes.

Desde el momento en que el niño comienza a molestar a todos los de la casa con sus correteos y sus travesuras, se le manda a la Escuela para quitarlo de enmedio, y se afligen sus padres grandemente cuando llega la canícula, porque no saben qué debe hacerse en este mundo, de los niños, cuando no están en la Escuela ; en ella, y sólo en ella, tienen que aprender las primeras letras, los rudimentos de las ciencias, las reglas de urbanidad, los deberes religiosos ; en casa... ¡nada! Y aquí empieza a manifestarse el error fundamental de los padres españoles : toman los establecimientos docentes por centros de educación y de enseñanza, cuando no son, ni pueden, hoy por hoy, ser otra cosa que centros de enseñanza ; la educación compete principalmente a los padres, que no a los maestros.

Llega el niño a los diez años, ingresa en el Instituto, y entonces se inicia el verdadero malestar y el descontento en las familias : todo se critica, todo se desautoriza *delante del niño*, si todo le causa molestia.

Para qué tanto latín, si el niño no ha de ser Cura.

Para qué tantas historias, si el niño ha de estudiar Medicina.

Para qué tantas matemáticas, si el niño ha de seguir la carrera de Derecho.

¡Verdaderamente, — dicen los amigos de la casa, haciendo coro al escolar y a sus padres, — es completamente inútil que un seglar sepa latín, que un médico sepa historia, que un abogado sepa la regla de tres! ¡Seguramente que en el extranjero no se estudia latín, ni historia, ni matemáticas...! Y menos mal si no llevan el contrapunto por otros derroteros más peligrosos...; eso tendrán que agradecerles todavía sus respectivos profesores.

Nadie sabe la perniciosa influencia que ejercen en el alma del adolescente estas críticas tan irracionales como injustas : con ellas se forma el mal patriota, el descontento, el asqueo prematuro, el que todo lo ve mal en España y bien en el extranjero : con ellas se enciende la primera chispa de rebeldía y de protesta que más tarde se convertirá en inmensa hoguera, de cuyo fuego no escaparán los mismos que la encendieron. Y cuando al cabo de los años viaje por el mundo, y vea que los de fuera conocen el latín y nuestra literatura mejor que nosotros mismos, culpará a los maestros de su tierra el no haberle enseñado, a su debido tiempo, lo que él no quiso aprender.

Llega al fin a Bachiller, único objeto de tanto sinsabor, y entonces surge un grave problema en el seno

de la familia, si es que ya no está resuelto de antemano; la elección de carrera. Lo más lógico sería atender a las aficiones que el alumno hubiese manifestado en el Bachillerato, si es que manifestó alguna de preferencia; porque la afición es síntoma de aptitud, o tal vez la misma cosa, y con aptitud se aprende más y mejor en un tiempo dado.

Pues nada de esto suelen tener en cuenta los padres en la elección de las carreras que hayan de seguir sus hijos. Hay familias que desean para el mayor o el más listo de ellos una carrera *especial*, sea cual fuere, de nombre sonoro y elegante, pero cuyas arideces y rigores no agoten el entendimiento del muchacho: tal vez a esta necesidad obedezca la creación de tantas y tan diversas especialidades. Otras veces se induce al hijo a que siga la carrera de su padre, cosa natural y muy justificable: en casos especiales se hace la elección atendiendo solamente a la conveniencia de ejercer la profesión en un cierto y determinado punto, subordinando todo lo demás a las necesidades de la localidad, o a que no haya en ella quien pueda hacer la contra; y, en fin, hay ocasiones en que se deja el asunto a las iniciativas del joven Bachiller, que, si ha sido un buen alumno, acertará casi siempre eligiendo la carrera que esté más en armonía con sus inclinaciones y aptitudes, y si no lo hubiere sido errará la inmensa mayoría de las veces, por no decir todas.

Teniendo, además, en cuenta ciertas contingencias que nadie puede desconocer ni dejar de respetar, porque dependen del estado económico de las familias, y no basta una buena voluntad para cambiarlo de repente, se comprenderá cuán poco influyen en los padres, cuando aconsejan a sus hijos en punto tan

capital, las aptitudes que les hubieren observado durante el Bachillerato, y con cuanta razón decía antes que el problema de la enseñanza, es un problema de familia, si es que la vocación, la aptitud y las aficiones del alumno tienen alguna influencia en los resultados didácticos.

No falta, sin embargo, quien asegura que no existen vocaciones, y que todos valemos para todo : tal vez sea esto verdad ; o tal vez sea el error más funesto que padece España entera ; pero sea lo que fuere, quiero aceptarlo a título de hipótesis gratuita para tratar, antes de seguir adelante, de un punto capitalísimo.

Las vocaciones no existen ; se *forman* con el estudio serio, grave, reposado ; con el trabajo continuo ; por la sugestión que ejercen sobre nosotros personas eminentes en las Ciencias, en las Letras, en las Artes.

Y pregunto : ¿dónde se formará la vocación del alumno libre que estudia su carrera en un pueblecito sin otros elementos que algunos libros o apuntes? ¿Cuándo y dónde se formará la vocación del mismo alumno que, aun acudiendo a la Universidad todos los días, toma dos o más cursos o grupos en un solo año, sin otra finalidad que la de correr y acabar pronto su carrera, estudiando simultáneamente asignaturas incompatibles entre sí, y asistiendo a las Prácticas de cada asignatura una vez a lo sumo por semana para atender a todo sin hallarse en nada?

Debe, en efecto, apuntarse como cosa curiosa, que un país como el nuestro, en el que el más sencillo expediente administrativo se eterniza con la muchedumbre de resistencias activas y pasivas que tan pintorescamente describió Figaro en uno de sus artículos de cos-

tumbres, posee una legislación tan expeditiva en materia de instrucción, que permite a todo alumno acabar la carrera en muchísimo menos tiempo que el que se deduce de los planes de estudios a razón de año por grupo, en una sola convocatoria, sin más preparación teórica que la que puede adquirirse en un curso académico, o durante las vacaciones del verano que sigue al grado de Bachiller, y sin que tenga que acreditar, en parte alguna, el orden en que ha verificado sus estudios, ni el tiempo que invirtió en preparar *sucesivamente* asignaturas incompatibles que, por lo mismo, no se pueden estudiar simultáneamente si el objeto principal es aprenderlas, y no el salir aprobado en un examen superficial y de fortuna.

Asunto es éste de una importancia tal, que bien merece que se lo considere atentamente.

Es un grave error suponer que todo alumno tiene capacidad suficiente para hacer una carrera en un año, ni aun dos cursos en uno solo. Los conocimientos científicos no producen modificaciones *permanentes* en el cerebro más que actuando sobre él durante mucho tiempo, de una manera lenta, metódica, estudiando un asunto, meditándolo muchísimo después de haberlo aprendido, efectuando las experiencias y observaciones a que diere origen, resolviendo problemas prácticos con él relacionados, y dando lugar y espacio a que la impresión cerebral adquiriera fijeza y consistencia, que solamente la repetición de actos, o una vivísima curiosidad o rareza pueden producir. De lo contrario, la impresión es borrosa, pasajera y desaparece totalmente al cabo de pocos días; no habiendo medio humano de averiguar en el acto del examen, aun en los pocos casos que no ofrecen duda, si los conocimientos

que el examinando manifiesta impregnan, por decirlo así, el cerebro o forman, por el contrario, un barniz superficial. Que los objetos dorados al exterior parecen de oro macizo, y solamente cuando el tiempo ha hecho desaparecer por el uso la capa superficial que los envuelve, es cuando puede apreciarse que no valen nada.

Pero volvamos a nuestro joven que ya ha elegido carrera; su nombre figura en las listas oficiales de la Universidad: echemos un velo sobre las indispensables huelgas escolares, escándalos y aun motines que todos los años ocurren con regularidad cronométrica por pretextos que nunca faltan, y que si faltan se inventan: llega el fin de curso, y, como hay que acomodarse a las circunstancias más que al programa de la asignatura, sale de apuros en sus exámenes con toda felicidad.

Resulta de ello un curso ganado, o totalmente perdido, según se entiendan las cosas y los casos; así siguen otro y otros, hasta que, terminada la carrera, alcanza el Título de Licenciado o de Doctor.

¡Hemos llegado, señores, al punto culminante! ¡Ya ha aparecido el Título, el diploma, la vitela firmada por el Ministro. Todos los sinsabores e inquietudes se dan por bien empleados a cambio del codiciado pergamino. Tras él corren alucinados muchos escolares, como el hipnotizado tras la esferilla brillante del hipnotizador; y si no fuese por los exámenes que, a modo de tropiezos o estaciones de parada forzosa se encuentran en el camino, algunos probarían a alcanzarlo sin tomarse un punto de reposo. Las notas de

clase, las faltas borradas, las papeletas de examen, las recomendaciones, todos los esfuerzos, se suman, se aúnan, se integran, se orientan, se resuelven, se componen en una sola resultante ; ¡el pergamino firmado por el Ministro!

Con él se acaba el tormento de estudiar, la obligación de ir a clase, los enojos y temidos exámenes ; con el Título adquieren los jóvenes un relieve social que antes no tenían ; pueden ejercer una profesión y fundar una familia ; o entrar en la vida pública y alcanzar ascensos y destinos que muchas veces no tienen relación directa con la carrera, pero que sin ella no se conseguirían : el Título es, en fin, hasta para los favorecidos de la fortuna, un recurso contra el incierto porvenir.

Así piensa la gente joven, y nada tiene de extraño que así piense ; no ha palpado las realidades de la vida, y no sabe cuán difícil es abrirse camino por el mundo.

Lo que yo no concibo es que así piensen los padres. Ellos conocen, indudablemente, muchos abogados sin pleitos, muchos médicos sin enfermos, muchos farmacéuticos sin clientes, muchos doctores en Ciencias y Letras que no tienen un mal Colegio en donde ejercer la enseñanza, muchos hombres públicos que nunca hablan porque no tienen nada que decir, y que se limitan a votar lo que les manda su jefe, muchos arquitectos sin obras, muchos ingenieros sin máquinas ni ingenio en donde poder emplear el suyo produciendo cosas útiles ; ellos saben que la lucha por la vida se va acentuando más y más en nuestras sociedades en virtud de la enorme concurrencia, y que el más apto es el que sale victorioso por regla general : ¡y en lugar de

buscar esta aptitud, buscan un diploma!; y en vez de obligar al hijo a que estudie las lecciones del día, le buscan, muchas veces, recomendaciones para que se le apruebe sin saber: desempeñando el Profesor ante sus ojos el papel odioso del hombre que, avaro, regatea favores que puede conceder sin ninguna clase de responsabilidad y al parecer sin perjuicio de tercero.

Tan funestas convicciones de unos y otros, y las costumbres escolares que como lógica consecuencia emergen de ellas y germinan en el ambiente de anarquía social que nos rodea, tienen que modificarse antes de pensar en cualquiera otra clase de reformas. Y tengo para mí que mientras los padres no tomen una parte activa y positiva en el asunto, coadyuvando a la acción de la Universidad, poniéndose siempre de parte del Profesor, desautorizando toda crítica justa o injusta que tendiere a menoscabar su autoridad y su prestigio, obligando a los hijos a estudiar en casa para que vayan a clase con la lección preparada (único modo de sacar fruto y provecho de las explicaciones del Profesor y de resolver las dudas y dificultades que de ordinario presentan los asuntos científicos), frecuentando nuestros Claustros durante el curso, principalmente en las proximidades de Navidad, y acudiendo de oyentes a los exámenes para juzgar las cosas con perfecto conocimiento: mientras los alumnos no se convengan de que para ejercer una carrera hace falta algo más que el Título, y critiquen los planes de enseñanza, y no presten la atención debida a las asignaturas que juzgaren poco útiles o que se aprueben con facilidad: mientras haya quien les aliente a la huelga diciéndoles que ellos son los buenos y los Profesores son los malos; que ellos quieren ir a clase y los Profesores quieren

vacaciones, cosa que acabarán por creérselo, como lo cree o aparenta creer muchísima gente : y en fin, mientras no se hallen dispuestos y propicios a recibir la enseñanza quienes han menester de ella, todo cuanto aquí se diga por mí o por otro más autorizado, todo lo que legislaren las Cortes en materia de enseñanza, o llevare a la *Gaceta* el Ministro más sabio y mejor intencionado, y mucho de lo que se trabaje en las aulas y en los laboratorios, será martillar en hierro frío.

* * *

Yo desearía que padres e hijos meditasen desapasionadamente acerca de todo ésto, porque afecta directamente al porvenir de nuestra Patria. Además, quien cumple con sus deberes, puede y debe exigir que los demás cumplan igualmente con los suyos : y el alumno estudioso, no solamente mantiene la altura científica de las clases a que acude, impidiendo que descendan del nivel en que él mismo se coloque, sino que puede determinar por reacción, según antes indiqué, hasta el aumento de todos los factores que tienden a enseñar.

No puede dudarse, en efecto (y con ello contesto a ciertas objeciones que alguien podría oponer a cuanto digo), que, si a la Universidad se viniese con la lección preparada, y con verdadera sed de conocimientos superiores, de aquellos que no se aprenden en los libros, sino al lado del Maestro, o trabajando en laboratorios bien montados, el Profesor perezoso se haría diligente,

so pena de levantar sobre sí mismo una nube de denuncias y aun recias tempestades de protestas que lo colocarían en una situación difícilísima; el discreto sabio; el sabio genial: y todos veríamos premiados nuestros desvelos en el escenario de la vida al observar el enorme incremento de nivel intelectual que de repente se produciría. Entonces se acabarían para siempre ciertos gabinetes y laboratorios que no tienen de tales más que el nombre, las aulas incapaces, la inercia del personal subalterno: y a los constantes requerimientos de quien paga su dinero a cambio de instrucción, y está dispuesto todavía a mayores sacrificios, se ampliarían los créditos para la adquisición de material científico, se reforzaría la plantilla del personal docente, una provechosa emulación entre los diversos centros análogos, perfeccionaría por selección sus organismos, y resurgiría España de entre las ruinas del pasado, elevándose por cima del nivel de las naciones más adelantadas.

Pero si lo que no es de esperar, se viniera a la Universidad, única y exclusivamente en demanda de aprobados y de títulos, ¿para qué laboratorios?; ¿para qué aulas y gabinetes?; ¿para qué personal científico y material de enseñanza? ¡Bastara con el Negociado de Títulos de la Secretaría general! Las Cátedras y los laboratorios serán siempre, para quien tales aspiraciones tuviere, verdaderos obstáculos que habrá que sortear de cualquier modo, porque impiden el libre acceso a la oficina del Estado en donde se expenden Títulos y privilegios.

* * *

Y al terminar mi discurso, a vosotros me dirijo, estudiantes españoles y alumnos queridos de la Universidad de Barcelona.

Vosotros sois el porvenir de nuestra Patria ; los llamados a mantener sus gloriosas tradiciones ; los que habéis de elevar las Ciencias y conservar las Letras españolas por cima de las Ciencias y las Letras extranjeras ; los que en día no lejano nos substituiréis en el Profesorado, en la Prensa, en la Magistratura, en las Cámaras, en todos los organismos directores de la Nación. De vuestra laboriosidad, acierto y buena voluntad depende que España recobre el puesto de honor que siempre tuvo en Europa, o que descienda por la rápida pendiente de la decadencia que, una vez iniciada, no hay modo de detener. Estamos todavía muy a tiempo, y yo cumplo con mi deber al advertiroslo.

No os dejéis arrastrar al desaliento por esos hombres agoreros y sombríos, al parecer disgustados, que siempre hablan mal de España ; porque en el fondo no hay otra cosa que una ridícula vanidad de sobresalir sin mérito alguno positivo, y el propósito de haceros entender que ellos están a mayor altura que vosotros. Preguntadles qué teorema han descubierto, qué máquina han inventado, qué editores extranjeros les han comprado el derecho de traducción de sus obras, qué riqueza agrícola o industrial se debe a su portentoso talento. Y si nada de esto os muestran, volvedles las espaldas sin escucharles más ; ¡y que vayan a embromar a otros con sus disfraces de sabio!

Pero no os inclinéis tampoco hacia un optimismo exagerado, ni, cruzados de brazos, aguardéis a que vengan los de fuera a enseñaros a trabajar : id más bien vosotros a aprenderlo si lo considerareis necesario ; aunque se me figura que el trabajar y el morir, como leyes que son impuestas por Dios mismo, se practican sin aprendizaje previo ; la primera con método y buena voluntad, la segunda aun sin esos requisitos.

Es absolutamente preciso, para que realicéis las graves obligaciones que por vocación os impusisteis, que, mientras dure vuestra vida, os entreguéis al estudio de una manera intensa y voluntaria. Habéis de persuadiros íntimamente de que para saber algo hay que estudiar y mortificarse mucho, y de que si *el factor alumno* es cero, el resultado es siempre cero, sean cuales fueren, en el orden finito, las magnitudes de los demás factores.

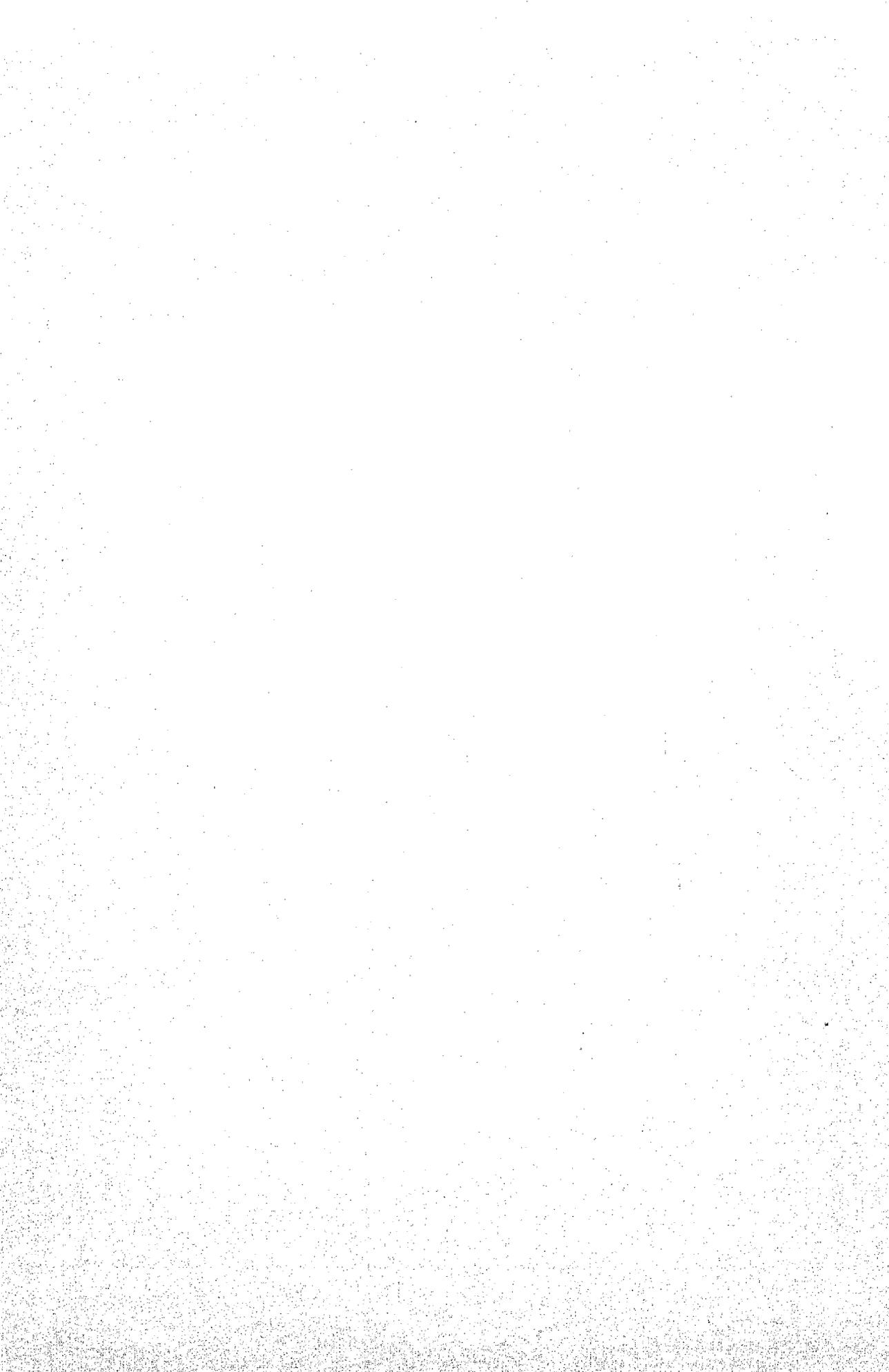
Evitad con vuestra aplicación y diligencia que vuestros honrados padres se vean precisados a tomar la parte activa en la enseñanza que, solamente como remedio, propongo en las anteriores páginas. Vosotros sois los únicos que no tenéis derecho a originarles tal molestia : os trajeron al mundo, sufrieron las mil impertinencias de vuestra niñez, se sacrifican por haceros hombres de provecho, ¡no podéis pedirles más!

Y sabed, en fin, que la instrucción es, en las modernas sociedades, el único remedio que puede oponerse a su destrucción fatal : la que salva, mejora, eleva y dignifica a la Humanidad en el transcurso de la vida.

HE DICHO

ERRATAS ADVERTIDAS

Página	Línea	Dice	Debera decir
23	11	debe ser	debe de ser
23	29	rotundamente, que no	rotundamente que no
27	11	, —	—,
27	22	asqueo	asqueado
31	29	forzosa se encuentran	forzosa, se encuentran
32	7	enojos	enojosos
34	1	creérselo	creérsela
35	16	análogos, perfeccionaría	análogos perfeccionaría



Dr. Bangué

0701728647
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA

